

LOS TRAZOS DE LA Y

José B. Barrionuevo

Vigésima séptima letra del abecedario castellano y vigésima segunda de sus consonantes. Se llama i griega e i consonante, y también por algunos ye. Es vocal equivalente a la i, cuando hace de conjunción o de adverbio, cuando termina sílaba y también cuando la sigue una consonante. Este trabajo no es en modo alguno una lección de ortografía, sino sólo tratar de la adversión de esta letra.

Es la narrativa que hace mi dilecto amigo el escritor leonés Antonio Pereira, nacido en Villafranca del Bierzo, conocido por adscripción a la Casa de León en Madrid; es autor de varios libros de poesías y también conocido como brillante novelista. En este trabajo entresaco algo relacionado con su viaje al valle alto del corazón del Nepal, sus conversaciones con los pilotos del avión y sus azafatas, en los hoteles de las ciudades de Katmandú, de Patan, etc...

También se refiere a la vida del señor Adolfo, el de Ambasmestas, que era un campesino que bajaba al mercado de Villafranca, hasta que se murió de aquella muerte que decían tan tonta. Tenía una tartana preciosa, y mi corazón guardaba para él uno de sus amores radicales con que un niño distingue a uno o dos adultos durante toda su vida de niño.

Dice el ilustre escritor Pereira: «Se comprende que fuera mi primer dolor de hombre porque la del señor Adolfo fue la primera de todas mis muertes. Allí mismo, delante de nuestra casa lo tiró un coche contra un charco en el suelo y él sangraba despacio, nada más una brecha entre la muñeca y el codo que mi madre le lavó con agua oxigenada y todo el cuidado. Ya limpia de tierra, de barro la herida era una «y» mayúscula, con los brazos abriéndose como los regueros dibujados hacia la sangría».

«Acaso fui el único que presentido lo irremediable, la i griega es una letra adversa distinta de las otras letras, yo lo supe el primer día de mi escuela de párvulos... En el Nepal también lo observé, reside en la cabeza la fuerza para los pesos, vi a una mujer llevando su feixe de leña, sólo que iba vestida de paño negro y si con una tela viva de colores».

Cuando me encuentro en el recinto exterior o plaza de armas que está perfectamente almenada, en el castillo árabe de Huércal-Overa, observo que bajo el tajo o precipicio de más de doscientos metros, se forma una «y» con las Ramblas del Saltador y la de Parias, por ello deduzco que la «y» que aparece en las diversas piedras y compuertas del molino árabe o tal vez romano, bajo del edificio del Castillo y frente al mismo, es la adversa i griega o primera letra con que empiezan los nombres de los principales personajes de la España musulmana.

Yahya, Ben Humeya. Hermano del fundador de la dinastía de Los Humeyas de Córdoba.- Ben Mohamed el Todjibita, Virrey de Aragón que figuró mucho en las postrimerías del siglo X (Gobierno de Almanzor).- Ben Yhaya Alfurui berberisco perseguido por el califa Hacan de Córdoba por su excesiva rigidez religiosa, pero que disfrutó de gran poder bajo su sucesor Abderramán II.- Beri Ali Abu Hamud, Fundador de la dinastía de los Hamanditas que reinaron, en Málaga en el siglo XI- Ben Ismail Ben Yhaya, llamado Cadir, Rey de Toledo, el cual, atacado por Alfonso VI de Castilla y de León, y por Motamid, Rey de Sevilla, tuvo que entregar al primero su capital y refugiarse en Valencia, donde pereció. Abu Zacarías capitán del dicho Yusuf el cual figura mucho en la historia de España del siglo XII como enemigo de Alfonso el Batallador de Aragón y como aliado de Alfonso VII de Castilla.

Y, ya profundizando en la historia diré que Yao emperador de la China a quien se le atribuyen vanos inventos (siglo XXIV a. C.); usaba el equivalente a la letra «Y» como el emblema de su dinastía.

Con «Los brazos de la i griega» continuaré hablando de Huércal-Overa, la principal ciudad del levante almeriense y de la que mi antepasado el capitán de partido don Tesifón Barrionuevo en diciembre del año 1568 estaba de guarnición y, en donde en una plaza con árboles y aparcamiento que son terrenos del Castillo, se encuentra fijada una placa sobre el pilar de una fuente propia, en la que se lee: «Plaza del Alcaide Tesifón Barrionuevo». Huércal-Overa, por estar el suscribiente en ella afincado, éste se considera como un huercalense más, siendo un ferviente devoto de la Virgen del Río.

Sí bien el capitán Barrionuevo era vecino de Chinchilla (Albacete), estaba casado con una huercalense, Catalina Bernal, de la que tuvo una hija también nacida en dicha villa. Cuando la guerra de las Alpujarras, se trasladó voluntario con fuerzas de su mando a Berja, en donde tomó parte en dicha contienda contra las huestes de Aben Humeya, el que como se sabe se proclamó rey de Las Alpujarras.